

Alonso Molina, Óscar, "La muerte de las cosas", Madrid, ABC, ABCD de las Artes y las Letras nº 887, 24/I/2009.

*La muerte de las cosas*

Jacobo Castellano: *Sin público*

Galería Fúcares, Madrid

Conde de Xiquena, 12, 1º

Hasta el 28 de febrero

Dentro del circuito del arte emergente en nuestro país, Jacobo Castellano (Jaén, 1976), se ha consolidado como nombre ineludible entre aquellos que más rápida y sólida profesionalización han alcanzado recientemente, pero a la vez como uno de los que desarrolla su andadura con mayor independencia con respecto a las modas y los modelos imperantes en estas promociones. Suyas son algunas de esas piezas inolvidables que hemos podido ver coronando no pocas exposiciones colectivas, ferias, bienales y premios, sobre todo durante los tres últimos años. De hecho, en tales eventos es como si sus trabajos desplegaran con más potencia todo su enorme poder de seducción, de misterio, al apostar por la intensidad y las fórmulas más complejas en medio de un panorama generacional cada día más depauperado que, con triste frecuencia, juguetea con la banalidad de la manera más inconsciente.

Por el contrario, desde sus comienzos a finales de los noventa, el proyecto de Castellano delató una clara preferencia por la firmeza antes que por la originalidad, apostando por su consolidación antes que por las urgencias. No se ha tardado en demostrar lo beneficioso de haber invertido desde el principio en activos sólidos, impecables referentes, la asimilación y la honestidad, para conseguir al final esta voz madura con pleno dominio de sus propias fuerzas con que habla hoy. Bien asentado en estos planteamientos, pues, las comparencias de Castellano no han sido excesivamente numerosas pero sí muy cuidadas, jalonando un currículum impecable que recientemente se ha reforzado con la concesión del Premio Iniciararte de la Junta de Andalucía, y una beca de la Fundación Botín, que le llevará al International Studio de Nueva York durante casi un año.

En su obra late un substrato denso, alegórico y barroco, de corte eminentemente literario y hondo calado poético, donde priman los acentos de la cultura ancestral andaluza, cuyos y estereotipos se revisan desde la distancia crítica del presente. Así, hasta hace poco le hemos visto plantear inéditas tipologías, entre el *povera* y el constructivismo, para pasos de Semana Santa, altares, retablos, paliós, tornos de convento, etcétera, mientras manejaba con suficiencia una retorcida iconografía de coronas de espinas, crucificados, vanitas o la más variopinta imagería. El resultado conjuga a la postre todos esos tópicos con la más negra melancolía y una sorda violencia que, en ambos casos, es imposible no detectar ya en origen.

Pero, de un par de años a esta parte, el artista está concentrado en las posibilidades de revitalizar la memoria personal y colectiva que le ofrece el desguace de la antigua casa familiar en un pequeño pueblo de su provincia natal, así como del viejo cine que regentaba su abuelo en la localidad de Porcuna. De allí llevan saliendo todo este tiempo vídeos, montajes, fotografías, multitud de recuerdos y objetos que, en forma de deshecho o fragmento, hablan del paso del tiempo, del rastro de lo sido. Castellano poetiza la cristalización del tiempo ausente en los restos envejecidos, raídos, cubiertos de polvo, inservibles, en principio destinados al silencio, que él ensambla para construir sus esculturas, instalaciones y dibujos. A partir de micro-relatos de tono íntimo, aunque también un tanto siniestro, se remite a la procedencia de los materiales con la esperanza de redimir el pasado por medio del recuerdo insorteable del dolor que fue.

La sombra de la muerte acecha a la vuelta de la esquina; así ha sido desde siempre en el caso de Castellano (basta recordar sus sillas eléctricas, sus Cristos suicidas, sus tenebrosas piñatas, sus tétricos carruseles). En esta nueva exposición lo fúnebre se conjuga con el pánico latente cuando el artista imagina a un hipotético funambulista que recorre por el alambre las estancias de la casa cerrada, escenario perfecto de una película de terror. Por último, el sinsentido, aplicado con dosis homeopáticas de surrealismo (no se olvide

que el método de Castellano es un continuo tanteo por los encuentros inesperados entre porciones lejanas de lo real), termina por sellar esta trama tan inquietante donde se convoca a alguien o algo que ya no está entre nosotros...

Es el momento, pues, de cerrar los ojos ante del fundido en negro definitivo, pero no tanto por alcanzar el sueño (Hipnos, hermano gemelo de Tánatos), como quisiera Bretón, pues ya digo que Castellano tantea las lindes pero no se interna en lo onírico, cuanto porque los últimos comentarios que sobre la extinción de los seres y los enseres han de quedar en suspenso, son, literalmente, insoportables. Genet vio con claridad un día cómo "El público negaba así esa cortesía al acróbata: hacer el esfuerzo de mirarlo mientras rozaba la muerte."